

nueva civilización, que no sin costosa lucha se levantaba triunfante sobre los caducos restos del politeísmo. Estudiemos pues este inmortal combate, el más noble y sublime que en el terreno de la inteligencia y bajo el aspecto de las costumbres presentan los anales del mundo.

CAPITULO V.

POETAS CRISTIANOS.

C. VECIO AQUILINO YUVENCO.—M. AURELIO PRUDENCIO CLEMENTE.

Estado de las costumbres al aparecer el cristianismo.—La doctrina evangélica.—Lucha entre el politeísmo y la religión cristiana.—Los Padres.—La elocuencia sagrada.—Vindicación de la doctrina evangélica.—Lastimoso estado del mundo moral, pintado por los Padres.—Los espectáculos gentílicos.—Abjuración que hacían de ellos los cristianos.—Triunfo de la elocuencia sagrada.—La paz de Constantino.—Aparición de la poesía cristiana.—Aquilino Yuvenco.—Su *Historia Evangelica*.—Significación é importancia de este poema.—Su exámen.—La religión cristiana es promulgada como religión del Imperio.—Prudencio Clemente.—Sus poesías.—División, objeto y carácter de las mismas.—Nuevos elementos que las constituyen.

Si las obras inspiradas por el decadente gentilismo presentan con entera claridad la afrentosa ruina del antiguo mundo, desplegando á nuestros ojos el repugnante cuadro, donde aparece escarnejada toda dignidad, hollada toda virtud y ensalzado todo crimen; la nueva literatura, que se levantaba sobre los clamores del Gólgota, alentada por la predicación del Evangelio y amasada con la sangre de los mártires, llamada estaba á revelar con más vigo-

roso colorido aquellas vergonzosas y sangrientas escenas. Desplomábase al peso del escándalo el edificio del politeísmo: impotente la filosofía para contener su fracaso, había contribuido sólo á deramar la vacilación y la duda con sus multiplicados y contradictorios sistemas. Descaminada la humanidad en tan oscuro laberinto, desposeída de seguro y luminoso faro, adonde guiar su planta vacilante, ó echóse en brazos de sórdidos placeres, erigiendo altares á la disolución y al adulterio, ó buscando disculpa á su afeminación, deleitóse en sangrientos espectáculos, embotando su gastada sensibilidad y exaltando al propio tiempo sus feroces instintos.—El pueblo romano, ahogada la voz del patriotismo, sin vínculos de verdadera unión, y centro de opuestas creencias y preocupaciones religiosas, si no logró en los días de su engrandecimiento mostrarse limpio de reprensibles costumbres, mezclado ya con todas las naciones de la tierra, abrazó débil ó desvanecido los extravíos de todas, llevándoles en cambio el frenesí de sus estadios, la crueldad de sus anfiteatros, la vanidad de sus circoes y la torpe lascivia de sus teatros.

Roma había dado su nombre al mundo; pero también le había hecho el fatal presente de su disipación y de sus crímenes. Leyes tan severas como la Peducea, la Scantina y la Julia, se habían dictado para cortar el estrago del incesto, del adulterio y de la sodomía, que deshonoraba á los más generosos patricios¹: cundía, no obstante, el contagio; y saliendo de la oscuridad doméstica á los sitios públicos, tomaba el vicio las cien formas de Proteo, é infundiendo su dañado espíritu en todo linaje de espectáculos, fiestas y pasatiempos, todo lo infestaba y corrompía. El pueblo, que apoyado en la historia adulterina de sus dioses, juzgaba honrarlos con el impuro sacrificio del pudor y de la castidad, si hubo un tiempo en que pareció avergonzarse de pedir ante M. Porcio Catón el torpe ejercicio de los juegos florales², aplaudía ya frenético la

¹ Sobre este punto es digno de consideración cuanto escribe Demostero en el libro VIII, cap. XXIV de sus *Antiquitates Romanae*; apoyándose en los más respetables autores de la antigüedad (Véase el fól. 668 de la ed. de París, 1613).

² Valerio Máximo, lib. II.

licencia de los Clodios y Catilinas¹, cuyo fatal ejemplo se reproducía por todas partes con lastimosas creces. Ni estaba reducido á la muchedumbre el espectáculo de tan degradantes escenas, autorizadas á la faz del mundo por el primero de los Augustos², quien procuraba amenizar los suntuosos banquetes que pregonaban su grandeza, con toda suerte de juegos, recitaciones y mimos³, donde holladas á menudo las leyes del decoro, manchaba la majestad de la púrpura la soltura de los truhanes é histriones.—Tan grande efecto produjo en los magnates y patricios este ejemplo de Octaviano, que el severo Lucio Anneo Séneca se mostraba admirado de que se contasen en los convites nocturnos, en que se estragaba la juventud romana, mayor número de cantores que espectadores habían tenido en otro tiempo los teatros⁴. Impotentes ó corrompidos, fomentaban los Césares aquella espantable disipación con el repetido ejemplo de sus flaquezas; y anhelando coonestarlas, dorábanlas con el aparato de la legitimidad, y cubriéndolas con la autoridad de las leyes, levantábanlas á la esfera de públicas instituciones, conquistando de esta manera el aplauso de la muchedumbre⁵.

Corría el mundo romano por tan rápida pendiente al despeña-

¹ Cicerón decía en su celebrada oración *Pro Milone*: «Quod si in vino et alea comensationes et scorta quaerebat, essent illi quidem desperandi, sed tamen essent ferendi.»

² Ovidio decía á Augusto desde el Ponto:

Luminibusque tuis, quibus totas aritur Orbis,
Spectasti scaenae turpis adulteriae.

(*Trist.*, lib. II).

³ Suetonio Tranquilo escribía sobre este punto, en su *Vida de Augusto*: «Acromata, hoc est, narrationes, recitationes ludicras et mimicas, ab Augusto interponi solere conviviis, ad convictores oblectandos» (ed. de Utrecht, 1672).

⁴ In comensationibus nostris plus cantorum est quam in theatris olim spectatorum fuit (Epist. LXVIII).

⁵ Lampridio, *In Alexandrum*, observa al tratar de los espectáculos: «Ut Alexandrum nanos et nanas, et moriones, et vocales exoletos et omnia acromata et pantomimos populo donasse.»—Más adelante reconoceremos todo el valor de esta concesión, hecha por Alejandro Severo al populacho romano.

dero, cuando consumada en el Calvario la redención de los hombres, derramábanse á todas las regiones los discípulos del Salvador, para predicar en todas partes el Evangelio. Fundábase la nueva doctrina en la práctica de todas las virtudes: desterrada la fé de entre los mortales, cuyo seno despedazaba cruel escepticismo, asentaba aquella en tan amplia y segura base el magnífico edificio de la felicidad humana: perdida toda esperanza de ventura, fuera de los goces pasajeros del más vituperable sensualismo, abría por ella las puertas del cielo y prometía la bienandanza eterna á los menesterosos y afligidos: escarnecida la caridad por la insaciable codicia de los poderosos, tendía á su nombre piadoso manto sobre la frente de los pobres y enjugaba al par sus lágrimas, mostrándoles los inextinguibles tesoros de la gracia. Caducaba la prudencia en el tumulto desenfrenado de las pasiones, y la voz de los Apóstoles la aclamaban hija del Eterno: doblábase la justicia al peso de bastardos intereses, y los discípulos del Crucificado armaban su diestra de misteriosa vara, prostrando á sus plantas el orgullo y la crueldad de los fuertes: flaqueaba el espíritu á los gritos de la impureza, exaltábase y desvanecía la razón á impulsos de la intemperancia, y la fortaleza y la templanza restablecían el imperio de la castidad y de la continencia.

Doctrina tan extraordinaria é inaudita, ya lo dejamos asentado ¹, sorprendiendo al antiguo mundo en medio de su prevaricación, venía á transformar la sociedad humana, proclamando su libertad y rompiendo las cadenas de toda servidumbre. Voló el acento de los Apóstoles de uno á otro confin del Imperio romano, y prendió en todas partes la llama de la fé, iluminando con sus purísimos rayos la existencia de los hombres. Creyó el esclavo, sujeto á insoportable yugo, que era igual á sus señores ante la Omnipotencia divina: supo el opresor que había de dar estrecha cuenta de sus crueldades en el tribunal, tan misericordioso como justo, del Dios único: oyó el pobre que compraría con los padecimientos de la carne los tesoros de la eterna gracia: aprendió el rico que no estribaba en los goces materiales la felicidad del género hu-

¹ Véase el cap. II, págs. 56 y 57.

mano y que debía compartir sus riquezas con el menesteroso; y esclavos y señores, opresores y oprimidos, pobres y ricos, levantando al cielo la vista henchidos de esperanza, sintieron brotar dentro de sus pechos la luz de la caridad, dándose ósculo seguro de paz y saludándose desde entonces con el inusitado nombre de hermanos. En medio de esta alianza, tan sorprendente por su origen como por sus resultados, alzabase la mujer del envilecimiento y vilipendio en que había yacido, al escuchar los salvadores acentos que proclamaban su dignidad perdida: no era ya la mujer del cristianismo la mísera esclava, destinada acaso á halagar la vanidad del hombre, acrescentando sus carnales placeres: era la noble, la tierna, la solícita compañera de sus infortunios, que debía también compartir con él los dones de la felicidad, embalsamando el hogar doméstico con el divino aroma de la virtud, y sirviendo de purísimo espejo, donde se retratasen la castidad y la templanza, desterradas del mundo pagano ¹.

Semejante transformación, que iba operándose sin más aparato que el de la verdad, ni más estruendo que el de la palabra, llenando de asombro á los príncipes de la tierra y á los filósofos del gentilismo, mostró á los primeros la ilegitimidad de su tiranía, y reveló á los segundos la vanidad de sus caducos sistemas. La ira de los Césares, que se envanecían con el dictado de *divinos*, es-

¹ Ajenos á toda exageración sistemática, cúmplenos observar que aludimos principalmente al estado de corrupción de las costumbres, al aparecer la doctrina evangélica; pues no ignoramos que la mujer romana, aunque desheredada en parte por la ley, alcanzó alta estimación moral, por sus virtudes. Así podemos concebir fácilmente que las dos revoluciones sociales y políticas que más profundamente afectan á Roma, vayan unidas á los nombres de Lucrecia y de Virginia, y así también vemos con respeto levantarse en la historia de la República las nobles figuras de Porcia y de Cornelia. Sin embargo, la verdadera emancipación de la mujer no se opera, sino en virtud de la doctrina cristiana, sin que valga el «inesse quin etiam sanctum aliquid, et providum putant» de Tácito (*De Moribus germanorum*), para atribuir á los germanos la indicada rehabilitación de la mujer; porque ni este respeto dejaba de ser supersticioso, ni el principio de fraternidad establecido en el Evangelio, había menester para producir sus maravillosos frutos, de las costumbres de ningún pueblo bárbaro, como el germano. De este hablaremos más latamente en lugar oportuno.

talló al cabo contra aquella doctrina, que acusando al par sus debilidades y delirios, se apoderaba pacíficamente de lo porvenir del mundo. Mas al sonar la hora de la persecucion sin egemplo, decretada por los Césares, sonaba tambien la del triunfo de la fé cristiana: creyeron los gentiles fácil empresa el ahogar en su propia sangre la nueva sociedad, que á la inspirada voz de los Apóstoles se habia erigido, y armándose del hierro para estirparla, lanzáronse sobre sus víctimas con bárbaro enojo, ensangrentando al mismo tiempo todas las regiones.

Grande, terrible fué la lucha; pero magnífica, sublime. Combatia el gentilismo con todo el poder del Imperio: tenia en sus manos todas las riquezas, todas las honras, todas las distinciones del Estado: militaban bajo sus banderas todos los hombres ilustres: sosteníanlo los filósofos y los historiadores, los declamadores y los poetas.—El cristianismo se hallaba solo y proscrito: sin más fuerza que la ardiente fé de sus confesores, sin más riquezas que la caridad y el amor, sin otra ciencia que la doctrina del Crucificado, ni otro porvenir de grandeza que el odio y el escarnio de las gentes; coronado por el martirio, aceptó generoso aquel tremendo combate, seguro de la inmortal victoria. Débiles ancianos, agobiados al peso de la desgracia y de los años, virtuosas matronas, á quienes asustaba el escándalo de las costumbres, tímidas vírgenes, que se ruborizaban y estremecían al aspecto tumultuoso de los circos y anfiteatros, niños de cándida inocencia, iluminados por misteriosa antorcha en medio de tan peligrosas tinieblas; hé aquí los ejércitos que salieron á la defensa de aquella causa, para que fuese más grande y prodigioso el vencimiento del gentilismo.

Larga y porfiada fué, no obstante, la contienda: herida de muerte aquella sociedad, á quien faltaban fuerzas para sostener el peso de sus crímenes, creyó aliviar sus culpas, achacando al cristianismo la espantable decadencia que la aquejaba; y redoblando la furia de las persecuciones, anegó con la sangre de los mártires los circos y los anfiteatros, donde, más desvanecida que nunca, procuraba exaltar el torpe culto de sus falsas deidades ¹. El pueblo,

¹ Véase Arnobio, *Adversus Gentes* (*Bibl. Patr.*, t. III, fól. 131 y sigs.).

que al escuchar los quejidos de los elefantes sacrificados por la vanidad de Pompeyo, se habia compadecido de las fieras, reprobando la crueldad del cónsul, condenada por Marco Tulio ¹, tocado ahora de inconcebible frenesí, batia palmas al ver esparcidas en la arena las entrañas de las vírgenes de Cristo, cuya limpia castidad marchitaba, ofreciéndola en infame holocausto á sus impúdicos dioses ². Pero en medio de aquella negacion de toda virtud, en medio de aquel desbordamiento de impiedad, barbarie y lascivia, resplandecía más pura la fé de los cristianos, para quienes las afrentas del mundo eran corto precio del alto galardón prometido á su constancia. Y mientras abnegacion tan sublime exacerbaba la desesperada impotencia de la gentilidad, alzabase del centro de los perseguidos el varonil y generoso acento de los Santos Padres, quienes recogiendo la sagrada herencia de los Apóstoles, venian á combatir cuerpo á cuerpo el mónstruo del politeísmo.

La doctrina del Salvador habia sido calumniada, y era urgente el vindicarla de las injustas acusaciones que se le dirigian ³. Des-

¹ *Epist. famil.*, lib. VII, epist. 2. En su tratado *De officiis*, lib. II, cap. 16, manifiesta Ciceron su opinion contraria á los espectáculos, declarando que los consideraba, sobre peligrosos, inútiles á la república (véase Azara, *Vida de Ciceron*, t. II, fól. 266).

² Doloroso es por cierto, mas digno de recordarse, para comprender el extremo á que habia llegado la barbarie y corrupcion del populacho romano, lo que el elocuente Tertuliano nos refiere sobre este punto. Hé aquí sus palabras: «*Probatio est enim innocentiae nostrae iniquitas vestra. Ideo nos haec pati Deo patitur. Nam et proxime ad lenonem damnando christianam, potius quam ad leonem, confessi estis labem pudicitiae apud nos atrocior omnino poena et omni morte reputari*» (*Apologeticus adversus Gentes*, cap. I).

³ La ceguedad de los gentiles llegó hasta el punto de señalar á los cristianos como causa universal de cuantas calamidades afligian ó podian afligir al Imperio. Al rechazar semejante calumnia, no acallada en los primeros siglos de la Iglesia é indiscretamente reproducida por un historiador de los últimos tiempos, que aspira al título de filósofo, exclamaba Tertuliano: «*Si Tiberis ascendit ad moenia, si Nilus non ascendit in arva, si coelum stetit, si terra movit, si fames, si lues, statim Christianos ad leonem. Tantos ad unum. Oro vos, ante Tiberium, id est, ante Christi adventum quantae clades orbem et urbes caeciderunt?...*» (*Apol. adv. Gent.*, cap. XL).

alumbrados los gentiles, multiplicaban sus errores, pugnando por arrastrar á los cristianos en sus prácticas supersticiosas é idólatras; y era menester mostrar á los débiles la única senda de salvación en medio de tantas y tan grandes tribulaciones. De aquella grey pacífica que había presentado el cuello al cuchillo de Nerón ¹ y de sus crueles sucesores, sin prorumpir en una queja, sin lanzar una mirada de odio ó despecho contra sus verdugos, salieron pues valerosísimos pastores para conducirla, fortificarla y defenderla, rechazando con entero corazón todo linaje de calumnias y arrojando á la frente de los gentiles el cieno de su impiedad y de su torpe sensualismo.

Mas si cambiaba de aspecto lucha tan colosal, no por eso se alteraba la esencia de aquel peregrino combate: tenían los Padres por único fin de sus esfuerzos la trasformación moral del mundo, y sólo empleaban para alcanzarlo, la palabra: aspiraban los gentiles á sostener el agonizante politeísmo, con todas sus aberraciones y escándalos, y para obtenerlo, seguían esgrimiendo furiosos el hierro de la venganza. La causa defendida por los Padres era en consecuencia la causa de la libertad humana: su voz tronó con inusitados ecos, ya derribando y aniquilando cuanto se oponía al logro de la salvadora idea que la animaba, ya derramando en el pecho del incrédulo el bálsamo de la fé, ora robusteciendo la fortaleza de los verdaderos confesores, ora en fin despertando en el alma de los flacos el noble entusiasmo de los mártires. Era este el momento en que debía aparecer entre las gentes el genio de la elocuencia cristiana, y mostróse esta tan sencilla, grave y patética, como enérgica, imponente y sublime. El despotismo, impuesto al mundo por los Césares, había dado muerte á la tribuna: la libertad moral del género humano, proclamada por los Apóstoles y los Padres, daba pues vida á la elocuencia religiosa: aquella había sido arma quebradiza de la independencia política de Roma: esta se levantaba para romper el yugo de todas las naciones y trasmitirse triunfante á las edades más remotas.

¹ En el mismo Apologético se lee: «Consulite commentarios vestros. Illic reperietis primum Neronem in hac sectam, cum maxime Romae orientem Cæsariano gladio ferocisse» (cap. V).

Tan generosa protesta resonó al par en los distantes confines de Oriente y de Occidente: recorrieron los Padres el tenebroso velo que ocultaba las deformidades de la teogonía greco-romana, y aparecieron con toda su horrible fealdad cuantas deidades adoraban aquellos mismos hombres, que escarnecían el nombre de Cristo, prodigándole los más irreverentes dicitos ¹. El padre de los dioses, cuyas iras se aplacaban al sacarse á luz el adulterio de Alcmena, el robo de Europa, los engaños de Leda y Danae y el rapto de Ganimedes ², fué presentado como maestro de liviandades y de incestos: la gran madre de Júpiter se vió acusada de sus sacrilegos apetitos, ofrecidos una y otra vez á la contemplación de las gentes en sus inmorales fiestas ³: mostróse la diosa del amor, que había manchado el tálamo nupcial en brazos de Marte y de Adónis, cual medianera y protectora de toda voluptuosidad é impudicia ⁴: Libero, hijo adulterino de Júpiter, fué designado como patrocinador de toda licencia, recibiendo infame culto en medio de las furiosas bacanales, que conturbaban la paz de las familias con los cantos libidinosos. Ninguna de aquellas deidades estaba por último limpia de repugnantes é inmundos crímenes, no pareciendo sino que al esforzarse los sacerdotes y poetas del gentilismo por sostenerlas y ensalzarlas, divulgaban de propósito

¹ Difícil sería comprender ahora el desprecio con que los gentiles trataron á Cristo y la religión por él predicada, sin el testimonio irrecusable de Tertuliano. Este decía: «Sed nova iam Dei nostri in ista proxime civitate editio publicata est, ex quo quidem frustrandis bestiis mercenarius noxius picturam proposuit cum eiusmodi inscriptione: *Deus christianorum onchoetes*. Is erat auribus asini, altero pede unguatus, librum gestans et togatus» (*Apol. adv. Gent.*, cap. XVI).

² Arnobio exclama en su libro *Contra Gentiles*: «Ponit animos Jupiter, si Amphytrio fuerit actus... aut si Europa, si Leda, si Ganimedes fuerit saltatus, aut Danae motum compescit irarum, etc.» (*Bibl. Patr.*, t. III, fól. 151).

³ El mismo Arnobio prosigue en el lugar citado: «Tranquillior, lenior Mater magna efficitur, si Atydis conspexerit priscam reficari ab histrionibus fabulam.»

⁴ Minucio Félix, *In Octavium*, exclama: «¿Quid loquar Martis et Veneris adulterium deprehensum? Et in Ganimedem Iovis stuprum in caelo consecratum?...» (*Bibl. Max.*, t. III, fól. 6).

sus vicios y maldades, para poner de relieve los extravíos de la razón humana ¹.

Mas si de esta forma combatian los Padres el vacilante Olimpo, convenciendo á sus secuaces de que no podian ser dioses los que así ofendian con su ejemplo y su culto la moral y la virtud, no menores triunfos alcanzaban, al poner delante de sus ojos el cuadro de las costumbres, engendradas por tan extrañas creencias. Los templos, los teatros, los anfiteatros y los circos llenos estaban de corrupcion y de escándalo: destinadas las aras de aquellas divinidades á servir de lecho al adulterio ó á la sodomía, teniase por meritoria y gloriosa la ostentacion de tan hediondas prácticas ². «Trasladad los templos al teatro, para que revelen en la escena los secretos de vuestra religion; y á fin de que nada »perdone la maldad, convertid en sacerdotes los histriones. Ningun »lugar puede hallarse más digno de semejantes ritos. Cante allí la »vil turba los amores de los dioses, sus aventuras, sus muertes... »En los templos de los dioses se enseña mejor por desalmados »maestros todo linaje de locura y toda mujeril torpeza ³.» Tan elocuente acusacion, dirigida contra los gentiles desde la edad de Tertuliano hasta la de Firmico, dándonos á conocer la impureza de sus templos, nos abre tambien las puertas de sus teatros, consagrados á Baco y Vénus ⁴, para que no quedase du-

¹ Llegó á tanto el delirio del gentilismo, que no solamente erigió altares á las meretrices, colocándolas entre las Junos, Céres y Dianas, cual aconteció con Laide, Frine, Laurenciana y otras, sino que inventó deidades tan repugnantes como Stereulus y Cloacina, en cuya honra estableció culto. Véanse entre otros muchos testimonios que pudieran citarse, los caps. XIII y XXV del *Apol. adv. Gentes* de Tertuliano y el libro IV *De Civitate Dei* de S. Agustin.

² Julio Materno Firmico acusaba las torpezas de los templos gentílicos del siguiente modo: «Videre est in ipsis templis, cum publico gemitu, miseranda ludibria viros muliebria pati, et hanc, impuri et impudici corporis labem gloriosa ostentatione detegere.» (*De Erroribus prophanarum Religionum*, cap. IV).—Un siglo antes habia manifestado Florente Tertuliano que se trataban y componian en los templos los adulterios y los estuproes en medio de las púrpuras y del incienso (*Apol. adv. Gent.*, cap. XV).

³ Julio Firmico, cap. XIII *De Error. prophanar. Religionum*.

⁴ El ya citado Tertuliano, que escribe de propósito sobre los espectáculos, declara que el teatro *proprie Veneris sacrarium est*, añadiendo despues

da alguna de la manera de espectáculos en ellos representados.

Grima pone en verdad el penetrar por entre lupanares y prostíbulos en aquellos alcázares de prostitucion y de infamia; pero sigamos por un momento las huellas de los Padres, descubriendo sólo una pequeña parte de tan repugnantes escenas. Era la comedia escuela de estuproes y reprobados amores: la tragedia cátedra de incestos y parricidios ¹. «Me avergüenzo (exclamaba San »Cipriano) de referir lo que [en la escena] se dice: me ruborizo »de acusar lo que en ella se hace. Los engaños de los rufianes, »las falacias de los adúlteros, las liviandades de las mujeres, las »burlas de los truhanes, los inmundos parásitos y los mismos padres de familia togados, ya estúpidos, ya obscenos, siempre insanos y no pocas veces impúdicos!... Y cuando no se perdona »por los malvados á ningun hombre, linaje ni profesion, se acude, sin embargo, á semejante espectáculo!... Deleita la comun »deshonra, y es lícito reconocer tales vicios y aprenderlos! Como »á magisterio de obscenidad, se concurre á aquel lupanar del pudor público, para que no se haga en secreto menos que lo que »en público se aprende; y entre las mismas leyes se enseña todo »cuanto las leyes prohiben... Aquellas meretrices (añade), á »quienes su desdicha hundió en torpe servidumbre, las oculta el »lugar de la pública lascivia y hallan consuelo á su deshonra en »las tinieblas: aun las que vendieron su pudor, se ruborizan de »ser vistas. Mas este público mónstruo se ostenta y ejecuta á vista de todos, dejando atrás la obscenidad de las prostitutas: se ha »buscado manera para que tambien adulteren los ojos!... Á tanta »deshonra se junta otra condigna afrenta: un hombre, que dobla »en torpes movimientos todos sus miembros, varon más disoluto »que la más voluptuosa mujer, que tiene por arte hablar con las »manos, y por tanto uno, que no sé si es hombre ó mujer, con-

estas palabras: «Sed Veneri et Libero convenit, duo ista daemonia conspirata, et coniurata inter se sunt ebrietatis et libidinis. Itaque theatrum Veneris Liberi quoque domus est» (*De Spectaculis*, cap. X).

¹ Lucio Cecilio Lactancio define así el teatro: «¿Quid scena?... Num sanctor?... In qua comoedia, de stupris, et amoribus, tragoedia de incestis et parricidiis fabulatur» (*Divin. Inst. Epit.*, cap. IV).

»mueve toda la ciudad, para representar las fabulosas lascivias de las antiguas edades. De tal manera se ama todo lo ilícito, que cuanto el tiempo tenia escondido, se reduce á la memoria de los ojos: ni hasta á la lubricidad ejecutar los presentes estragos, si no hace espectáculo de sus deleites, error en que habian caido tambien los pasados tiempos ¹.»

Con tan varoniles acentos era pues condenado el pestilencial ejemplo de las artes escénicas, entre las cuales tenia plaza toda manera de procacidad y lujuria, ya pregonándose el vil precio de las meretrices, ya ofreciéndose estas desnudas y en vergonzosa cópula á vista de la desatentada muchedumbre ², ya haciéndose alarde de la mayor vileza, castrándose los varones, para deshonorar la dignidad de hombres con inicua soltura ó infame suciedad y mostrándose encenagados hasta el punto de usurpar su oficio á las rameras ³. Y mientras se pretendia cohonestar tanta maldad con el áchaque de la religion, no salia esta mejor parada que las costumbres de aquel espantoso caos de la disipacion gentilica. «Las demás artes de la lascivia (prorumpia el enérgico Tertuliano, despues de pintar las torpezas del Olimpo) sirven á vuestros deleites, con deshonor de vuestras deidades. Contemplad los chistes de los Léntulos y Hostilios, y recordad si en los juegos y

¹ *De Spectaculis*, ed. de Paris, 1616, cum not. Pamellii.

² Justo Lipsio recuerda é invoca sobre este punto la autoridad de Tertuliano, quien en el lib. I, cap. XVII de su tratado *De Spectaculis*, decia, al condenar tal linaje de torpezas: «Ipsa etiam prostibula publicae libidinis hostiae in scaena proferuntur... Locus, stipes, elogium, etiam quibus opus non est, predicatur.»—Lipsio añade: «Ex quo apparet, hanc productionem scortorum, non sine solemnī pompa fuisse et cum praedicatione publica praeconis» (*De his quae ad criticam spectant*, lib. I, Elector, cap. II, ed. de Antuep., 1614). El erudito Cerda, comentando el indicado pasaje de Tertuliano, decia, finalmente: «Nam meretrices, quae nudaē producebantur ad hoc spectaculum, palam maechabantur in publico» (Ed. de Paris, 1624, n.º 239, fól. 442).

³ San Cipriano escribia en el libro que dirige á Donato, lo siguiente: «Evirantur mares, honor omnis et vigor sexus enervari corporis dedecore molitur, plusque illic placet quisquis virum in foeminam magis frerit, in laudem crescit ex crimine, et peritior, quo turpior iudicatur» (Ad Donat., cap. II). Los mismos crímenes condenan todos los Padres, así de Oriente como de Occidente, pareciendo verdaderamente increíbles tan inauditos escándalos.

»burlas os reiais más de los bufones ó de vuestros dioses. Eran allí objeto de pública irrision el adúltero Anúbis, la Luna trasformada en varon, Diana azotada, el testamento de Júpiter difunto, y los tres Hércules hambrientos. Pero las fábulas de los histriones descubren todas sus fealdades: llora el Sol á su hijo caido del cielo, gozando vosotros en su llanto, y suspira Cibeles por su pastor desdeñoso, sin que os avergonceis de tales suspiros. Y sosteneis que deben cantarse alabanzas á Júpiter, siendo juzgadas por un pastor Juno, Vénus y Minerva!... ¹.» Las artes escénicas, no solamente corrompian, dado que esto fuera ya posible, las costumbres, sino que escarneciendo la falsa majestad del politeismo, ponian de resalto la sacrílega impiedad de los mismos hombres, que perseguian frenéticos á los confesores de Cristo.

Ni eran los demás espectáculos menos perjudiciales á la conservacion de aquella sociedad, que derramaba tan activa ponzoña en su propio seno: rodeados anfiteatros, circos y estadios de inmundos lupanares, ejecutábanse en ellos las mismas escenas que manchaban el teatro, contribuyendo de esta manera á caracterizar la inicua licencia en que se habia caido, borrada la memoria de todas las virtudes. Mas añadiase allí á la impudicia la crueldad más injustificable, ora presentándose el bárbaro espectáculo de los furiosos gladiadores, para quienes la piedad de la muchedumbre doblaba la ignominia del vencimiento, ora inmóndose humanas víctimas, cuya caliente sangre arrojaba el sacerdote con aplauso del populacho á la faz de los ídolos ², y ora en fin, cebándose la fiereza de los tigres y leones, criados en el regalo para castigo del hombre ³, con las despedazadas entrañas

¹ Apolog. adv. Gent., cap. XV.

² Ningun testimonio más significativo de esta crueldad que el que nos ofrece San Cipriano, despues de haber condenado la idolatria de los espectáculos en el anfiteatro: «Plura prosequi, quid est necesse?... Vel sacrificiorum in ludis genera monstruosa describere, inter quae nonnunquam et homo fit hostia latrocinio sacerdotis, dum cruor etiam de iugulo calidus excerptus patera, dum adhuc fervet, et quasi sitiendi Idolo in faciem iactatus, crudeliter propinatur et inter voluptates spectantium, quorundam mors erogatur, etc.» (*De Spectaculis*).

³ El mismo Santo añade á las palabras trasladadas en la nota anterior:

de los mártires. «Y dan el nombre de juegos (decía con voz terrible Lactancio) á estos [espectáculos], donde se derrama sangre humana!... Tan desterrada está de los hombres la humanidad que tienen por juego el dar la muerte, siendo más culpados cuanto es mayor el deleite que hallan en la sangre!—Pregunto ahora: ¿podrán ser piadosos y justos aquellos hombres, que no sólo niegan la misericordia á los que ya moribundos la demandan, sino que con votos crueles é inhumanos deseos piden su exterminio?... No satisfechos con las heridas, ni contentos con la sangre, mandan que vuelvan á pelear los heridos y postrados, esparciendo á estocadas los cadáveres, para que ninguno escape con fingida muerte. Irritanse contra los que batallan, si luego no cae exánime uno de los dos; y como hidrópicos de sangre humana, aborrecen toda tardanza, pidiendo que salgan á la lid otros menos cansados, para que más brevemente sacien sus ojos. Avezados á tal costumbre, perdieron ya todo lo humano! 1.»

No podía en verdad ser mayor el contraste que presentaba este sangriento cuadro, al cual ponían digno remate las tenaces luchas del estadio y las vanidades del circo, con el afrentoso bosquejo de liviandades y torpezas trazado antes por la elocuente pluma de los Padres. Pero lo que no deja de sorprendernos, reconocido semejante cúmulo de atrocidades, es el vértigo sin igual que se apoderaba hasta de los hombres más pacíficos y morigerados, al pisar los umbrales de aquellos focos de prostitucion y de barbarie, perdida su habitual circunspeccion y quebrantadas todas las leyes del decoro. «Acontece (escribia lleno de admiracion Florente Tertuliano) que quien apenas osa en público levantar su túnica para atender á la más urgente necesidad de la naturaleza, no se tiene por regocijado en el circo, si á la faz de todos no hace torpe feria de lo que el pudor oculta; y que quien guarda los oidos de su virgen hija de toda palabra espúria, la lleva al teatro para que escuche y mire aquellas palabras y aquellas gesticulaciones; y que quien evita y detesta en las plazas toda contienda, favo-

«Ad poenam hominis fera rabida nutritur in deliciis, ut sub spectantium oculis crudelius insaniat.»

1 De *Divin. Instit.*, lib. VI, cap. XX.

rece en el estadio las más graves discordias; y que quien aparta, conturbado por la comun ley, la vista de un cadáver, mira con pacientísimos ojos en el anfiteatro los cuerpos atarazados, despedazados y manchados con su propia sangre 1.» Mentira parece que en tan breve término cundiera tan rápidamente el cáncer que devoraba aquella sociedad, invadiendo hasta el último asilo de la paz y de la virtud; y más increíble todavía que todos estos públicos desvarios se cometieran á nombre y bajo capa de religion, creyendo exaltar el culto de las falsas deidades y conjurar la presentida ruina del Imperio, groseramente atribuida al cristianismo, con el acrecentamiento de aquellos monstruosos espectáculos 2.

Hé aquí pues la calumnia que rechaza y pulveriza la inflamada elocuencia de los Padres, con sólo poner delante de los gentiles el ominoso cuadro de las costumbres públicas, eclipsado sin duda por la sordidez de las privadas 3. Mas no bastaba triunfar moralmente del politeísmo: necesario era evitar con esmero y cordura su contagio, apartando á los fieles de aquellas escuelas de crueldad y de lascivia, canonizadas por la idolatria. La Iglesia, que fundando su disciplina en la ancha base de las prácticas y las tradiciones de los primeros cristianos, habia pronunciado ya la solemne fórmula de aquel inevitable divorcio, abrió á los Padres inagotables fuentes, de donde manó en copiosos raudales salvadora doctrina. «Renuncio al diablo, á sus pompas y á sus ángeles 4.»

1 De *Spectaculis*, cap. XXI.

2 Arnobio, *Contra Gent.*, libs. I y VII;—Bibl. Patr., fól. 151 y 203.

3 Cuando hacíamos estos estudios, no se habia publicado aun la erudita *Historia de la prostitucion* de Mr. Pierre Dufour (Paris, 1851). Remitimos pues á los lectores entendidos á los capítulos XV y siguientes, tomo II de la expresada historia, donde se halla doctamente recapitulado cuanto pudiera decirse sobre la espantable corrupcion á que llegaron las costumbres públicas y privadas de Roma, así en los últimos tiempos de la República como en los del Imperio.

4 Esta fórmula se halla muy repetida por los Padres, bien que con alguna diferencia. San Agustin, entre otros, dice: «Renuntiemus diabolo, pompis et angelis eius» (*De Providentia*, lib. II, cap. I). Salviano, recogiendo la tradicion de la Iglesia, escribia: «Abrenuntio diabolo, pompis, spectaculis et operibus eius» (*De Providentia*, lib. IV). San Cirilo le dá mayor extension.